

si tienen habilidad suficiente para dirigir sus golpes.

Al punto resolvieron los ingleses aprovecharse de aquel cambio de gobierno para templar el rigor de sus máximas sobre derecho marítimo, y venir á una transacion honrosa con la Rusia, y en seguida con las demas potencias. Conocian el carácter apacible y bondadoso del príncipe jóven que ascendia al trono de Rusia, pues hasta se le reputaba entonces un tanto débil; y ademas se lisongeaban del grande ascendiente que habian recobrado en San Petersburgo. Enviaron pues, á aquella capital á lord Saint-Helens con los poderes necesarios para negociar un convenio; y Mr. de Woronzoff, embajador de Rusia en la corte de Jorge III, y tan sometido á la política inglesa que se dejó secuestrar sus bienes por no salir de Londres, donde habitualmente residia, fué invitado á presentarse allí de oficio, como lo hizo sin tardanza. Quedaron en libertad los buques de los neutralistas que estaban detenidos en los puertos ingleses. Nelson prosiguió cruzando pacíficamente el Báltico por orden de su gobierno, teniendo ademas el encargo de declarar á los gabinetes del Norte, que se abstendria de toda hostilidad mientras no sacasen al mar sus escuadras de guerra, en cuyo caso los trataria como á enemigos; mas que si por el contrario permanecian en sus respectivos puertos, y no efectuaban su reunion, anunciada hacia ya largo tiempo, con la escuadra dinamarquesa, suspenderia todo acto hostil contra las costas de Dinamarca, Suecia y Rusia; dejando pasar libremente los buques mercantes de las tres potencias: con lo cual se res-

tablecerian las mutuas relaciones en los mismos términos en que estaban antes del rompimiento.

Por desgracia el golpe dado á Copenhague produjo su efecto. Las potencias neutrales inferiores, como Dinamarca y Suecia, aunque muy indignadas contra Inglaterra, no habian entrado en la liga sino bajo la influencia casi amenazadora de Pablo I. Prusia que consideraba sus intereses marítimos como los mas secundarios de sus intereses nacionales, que todo lo proponia á la paz, y que solamente abrazó la causa de los agraviados impelidos por las dos influencias de Pablo I y del primer consul, se veia con gusto libre del compromiso, y estaba dispuesta, como las demas, al restablecimiento de las relaciones comerciales.

En breve se presentaron en el Báltico todas las banderas mercantes, inglesa, sueca, dinamarquesa y rusa, y recobró la navegacion su actividad acostumbrada. Nelson dejaba obrar y tomaba en cambio en toda la línea de las costas del Norte los refrescos que su escuadra necesitaba. Este estado de armisticio fué universalmente aceptado. El gobierno ruso dirigido por el conde Pahlen, no se sometió á la influencia inglesa, pero se mostró dispuesto á terminar las cuestiones marítimas, con una transacion que asegurase hasta cierto punto los derechos de los neutrales, anunciando por lo tanto que recibiria á lord Saint-Helens, y habiendo autorizado á Mr. de Woronzoff para que volviese á Londres. Dinamarca envió á Inglaterra á Mr. de Bernstorff.

El primer consul, que habia tenido suficiente habilidad para anudar aquella temible coalicion contra la Gran Bretaña, coalicion fundada por

otra parte en el interés de todas las naciones marítimas, la vió con sentimiento abandonada por la debilidad de los confederados. Trató de avergonzarles por la precipitación con que se habían retraído; pero cada cual se disculpaba de su conducta, con la conducta de su vecino. Dinamarca justamente envanecida con la sangrienta batalla de Copenhague, decía que ella había cumplido su empeño, y que cumpliesen los demás el suyo. Suecia se mostraba dispuesta á pelear, pero añadía que recorriendo libremente los mares el pabellón dinamarqués y el prusiano, y sobre todo, el ruso, no veía por qué razón se privaba solamente á sus súbditos de las ventajas del comercio. Prusia disculpaba su inacción con la mudanza ocurrida en San Petersburgo, si bien por otra parte reiteraba al gabinete francés sus protestas de constancia y lealtad, diciendo que daría pruebas de su perseverancia cuando fuese menester concluir un convenio y arreglar definitivamente los artículos del derecho marítimo. Rusia en fin, aparentaba no abandonar los derechos de las potencias neutrales, y pretendía atender únicamente á la conclusión de las hostilidades, comenzadas sin causa suficiente.

El primer consul, que por lo menos deseaba retardar cuanto le fuese posible la avenencia de Prusia con Inglaterra, recurrió á un espediente muy ingenioso para hacer durar la contienda. Había ofrecido la isla de Malta á Pablo, y prometió el Hannover á Prusia. Hemos visto que esta potencia había ocupado aquella provincia tan grata á los ojos de Jorge III como represalia de las violencias que cometía el gobierno inglés con-

tra la bandera neutral. No sin alguna repugnancia se resolvió la Prusia á dar tan atrevido paso, mas la inclinación secreta que siempre la ha atraído hácia aquella provincia, la mas apetecible de todas para ella por ser la que mas redondearía su territorio, contribuyó á decidirla, á pesar de su deseo de paz y sosiego. Además habían influido otras causas en esta resolución. Tenía una indemnización que reclamar en Alemania, porque su rey pertenecía al número de los príncipes seculares que debían obtener compensaciones por sus pérdidas en la orilla izquierda del Rin con la secularización de los estados eclesiásticos. Sus pretensiones eran muy grandes, y animada de la esperanza de que el primer consul las apoyaría, había querido satisfacerle ocupando á Hannover. El general Bonaparte le declaró en seguida que si quería conservar el Hannover por vía de indemnización, aunque esta era diez veces mayor que la que se le debía, consentiría en ella gustoso, y no opondría obstáculo alguno á que se concediera á una potencia vecina de la Francia. Esta proposición encantó y turbó al mismo tiempo el corazón del joven monarca. La oferta era seductora; pero grande la dificultad respecto de la Inglaterra. No obstante, sin aceptar la proposición de una manera definitiva, respondió el gabinete de Berlin que el rey Federico Guillermo agradecía los buenos deseos del primer consul, pero que no había tomado todavía partido alguno, y que se debía reservar para el momento en que se negociase la paz general de Europa aquella importante cuestión territorial; añadiendo que en virtud del estado actual de las cosas, que era un armisticio

tácitamente convenido, y sin estipulacion formal, no cesaria tan pronto de poseer el Hannover.

No necesitaba otra cosa el primer consul, que habia suscitado de esta suerte entre las cortes de Londres y Berlin una de las mas graves complicaciones, y puesto en manos de una potencia amiga una prenda preciosa, de que podria aprovecharse muy útilmente en sus negociaciones con Inglaterra.

Acercábase por fin el momento de estas negociaciones. La Inglaterra no se habia descuidado en aprovechar la ocasion de ceder en el rigor de sus principios maritimos para alegar el peligro que por el lado del Norte la amenazaba; y deseaba acabar de una vez, y disfrutar de paz, no solo, con las potencias neutrales, sino con otra mucho mas temible, con la Francia, que hacia diez años traia en conmocion á la Europa toda, y empezaba á amenazar con serios peligros al territorio británico. Merced á la obstinacion de Pitt, y á la habilidad del general Bonaparte, se habia visto sola por un momento contra todo el mundo; y libre de tal apuro por el arrojado afortunado de un hombre y por el favor de su buena estrella, no quería verse de nuevo por tales errores en semejantes conflictos. Además la Inglaterra podia tratar á la sazón con decoro, y convenia despues de haber perdido tantas buenas ocasiones, no malograr la que de nuevo se presentaba: ¿Porqué, decia la gente juiciosa de Inglaterra, porqué se ha de prolongar la guerra? Somos dueños de todas las colonias que valian algo; y por otra parte la Francia ha vencido á todos los aliados que nos habiamos dado; se ha en-

grandecido á sus espensas, y ha llegado á ser la potencia mas formidable del globo. Cada dia que se prolonga la lucha la hace mas temible, sobre todo con la conquista sucesiva del litoral europeo. Ya ha sometido á la Holanda y á Nápoles, y va á caer sobre Portugal. Necesario es que nosotros no contribuyamos á su engrandecimiento obstinándonos locamente en continuar la guerra. Si esta tuviese por objeto, como hace algunos años, la conservacion de los principios mas saludables del orden social amenazado por la revolucion francesa, seria muy justa, pero ya no se trata de eso, porque Francia es un ejemplo de moderacion y de prudencia. ¿Trataremos de restablecer á los Borbones? Cabalmente este fué el desacuerdo de Pitt; el error de su politica, y si nos hemos privado de su poderoso ascendiente y de su gran talento, saquemos á lo menos la única ventaja posible de su separacion, renunciando á ese espíritu rencoroso é inflexible que ha lanzado entre él y el general Bonaparte, los insultos mas imprudentes y groseros.

Anhelaban, pues, la paz todos los hombres sensatos de Inglaterra, y en el propio sentido se declaraban dos grandes poderes, el rey y el pueblo. El rey de Inglaterra, ese rey obstinado y piadoso que negaba á Pitt la emancipacion de los católicos por mantenerse fiel á la causa del protestantismo, no por eso dejaba de aplaudir el restablecimiento del catolicismo en Francia, que ya se creia muy próximo. Veia en él el restablecimiento del principio religioso, y esto le bastaba. Aborrecia la revolucion francesa, y aunque el general Bonaparte habia ocasionado terribles des-

calabros á la política inglesa, todo se lo perdonaba á trueque de que se volviese contra la revolución y por el honor de los verdaderos principios sociales; porque reinando la tranquilidad y las sanas ideas en Francia, en esa nación que posee la facultad de comunicar á las demás las opiniones que en ella dominan, el rey Jorge III miraba afianzado el orden social en el universo. Si la guerra había sido para Pitt una guerra de ambición nacional, para Jorge III había sido una guerra de principios, y así era amigo de Bonaparte, pero á sumo y no como Pablo I, que vuelto del acceso que había paralizado su razón por algunos meses, deseaba vivamente la paz y apremiaba á sus ministros á concluirla. El pueblo inglés, ávido de novedades consideraba como la mayor de todas la paz con Francia, pues hacia diez años que estaba inundado en sangre el mundo entero; y atribuyendo sobre todo la carestía á la lucha sangrienta que reinaba en la tierra y en los mares, deseaba vivamente la reconciliación con Francia. Por último el nuevo ministro Mr. Addington que no podía codiciar la gloria de Pitt, siéndole muy inferior en talento, tenía que limitar toda su celebridad é importancia políticas al carácter de pacificador, cosa que él apetecía y que le aconsejaba como indispensable el mismo Pitt cuya preponderancia no había sufrido alteración en el parlamento. Los sucesos del Norte, lejos de exaltar el orgullo británico, servían por el contrario de motivo no menos plausible que honroso para negociar. A ello se había resuelto el nuevo ministro apenas entró en el poder, ratificándose en su propósito con lo acontecido en Copenhague y San

Petersburgo. Sin embargo no satisfecho aun del todo, adoptó el partido de entablar negociaciones directamente con el primer consul, como continuación de las que este había dado con Inglaterra en la época de su advenimiento al gobierno.

Lord Hawkesbury, que en el ministerio de Mr. Addington era secretario de estado de negocios extranjeros, mandó llamar á Mr. Otto. Desempeñaba este en Londres, como ya hemos visto, un encargo diplomático relativo á los prisioneros y seis meses antes había entendido en las negociaciones entabladas para el armisticio naval; de suerte que era el mediador natural de las nuevas comunicaciones en que iban á entrar los dos gobiernos. Lord Hawkesbury dijo á Mr. Otto que el rey le había encargado una comisión muy grata para él, y que sin duda produciría en Francia la misma satisfacción que en Inglaterra, pues era la de proponer la paz. Declaró que S. M. estaba pronto á enviar un plenipotenciario, aun al mismo Paris, si así se exigía, ó á cualquier otro punto que fuese del agrado del primer consul; y añadió que no se trataba mas que de ofrecer condiciones honrosas para las dos naciones, y como prueba de la franqueza de esta reconciliación, afirmaba que desde aquel día se opondría el gabinete británico á toda trama que se urdiese contra el gobierno actual de Francia. Así, pues, esperaba igual correspondencia por parte de la república francesa.

Esto era, desaprobando la política anterior de Mr. Pitt, que siempre se había mostrado inclinado al restablecimiento de la casa de Borbon, protegiendo las tentativas de los emigrados y de los

vendeamos. No podian abrirse de una manera mas digna las negociaciones propuestas. Lord Hawkesbury insistió en obtener pronta respuesta.

El primer consul, que por entonces no aspiraba mas que á cumplir la promesa hecha á la Francia de conservar el orden y la paz, se alegró de esta solución que, por decirlo así, era debida á sus triunfos y á las hábiles combinaciones de su política. Aceptó pues las proposiciones de Inglaterra con la misma premura con que se habian hecho, si bien las negociaciones de aparato le parecian embarazosas y poco eficaces. El recuerdo de la de lord Malmesbury en 1797, que no habia sido mas que una vana demostracion por parte de Mr. Pitt, habia dejado en su ánimo una impresión desagradable, y por lo tanto creia que si en Londres se procedia de buena fé como indicaban las apariencias, bastaba con tener algunas conferencias en el Foreign Office, y tratar allí directamente y sin ruido, y con franqueza y lisura de las condiciones de la paz, que él consideraba como muy sencillas. Si se deseaba sinceramente la avenencia, porque decia: Inglaterra ha conquistado las Indias y nosotros á Egipto. Si mutuamente nos convenimos en conservar estas ricas conquistas, lo demás es cosa insignificante. ¿Qué son en efecto unas cuantas islas en las Antillas ó en otras partes, de que la Inglaterra nos ha privado á nosotros y á nuestros aliados, comparadas con las vastas posesiones que hemos conquistado? ¿Puede negarse á devolvérnoslas, cuando tenemos el Hannover en nuestras manos, cuando Portugal vá á correr la misma suerte, y

cuando le ofrecemos devolver estos reinos en cambio de algunas islas de América? La paz es, pues, sumamente fácil, escribia á Mr. Otto, si se quiere hacerla. Os autorizo para que trateis; pero solo directamente con lord Hawkesbury.

Remitiéronse los poderes á Mr. Otto, encargándole que nada hiciese público, que escribiese lo menos posible, y que se entendiese en todo verbalmente y no pasase notas sino para las cuestiones mas importantes. Era imposible tener absolutamente secreta semejante negociacion, pero el primer consul prescribió á Mr. Otto que exigiera y observara la mayor reserva en cuantas cuestiones se suscitasen y discutiesen por una y otra parte.

Lord Hawkesbury aceptó este modo de proceder en nombre del rey de Inglaterra, y se convino en que se daría principio inmediatamente en Londres á las negociaciones entre él y Mr. Otto. En efecto empezaron en los primeros dias de abril de 1801 (mediados de germinal del año IX).

Cerca de 18 meses habian transcurrido desde el 18 de brumario, año VIII (9 de noviembre de 1799), al mes de germinal del año IX (abril de 1801), y la Francia en paz con el continente y en negociaciones francas y sinceras con la Inglaterra, iba por fin á obtener por primera vez en el discurso de diez años la paz general por mar y tierra. La condicion de esta paz general, admitida por todas las partes contratantes, era la conservacion de nuestras ricas conquistas.